



HEIDI RICE

Sucedió en la playa

NALINI SINGH

Secretos de un matrimonio

ELIZABETH LANE

El secreto de la niñera

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

N.º 479 - octubre 2021

© 2014 Heidi Rice

Sucedió en la playa

Título original: Beach Bar Baby

© 2006 Nalini Singh

Secretos de un matrimonio

Título original: Secrets in the Marriage Bed

© 2014 Elizabeth Lane

El secreto de la niñera

Título original: The Nanny's Secret

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2015, 2006 y 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-964-7

Índice

Créditos

Índice

Sucedió en la playa

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Secretos de un matrimonio

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

[Capítulo Trece](#)

[Epílogo](#)

[El secreto de la niñera](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

DESEO

HEIDI RICE

Sucedió en la playa



Capítulo Uno

«La próxima vez que reserves las vacaciones de tu vida, no escojas el destino de todas las parejas, idiota».

Ella Radley se acomodó la mochila y puso una mueca. Había pasado todo el día recluida en una lujosa habitación con vistas al mar del Paradiso Cove Resort de Las Bermudas, también conocido como Canoodle Central, la piel aún le escocía.

Suspiró. Las quemaduras de tercer grado también le recordaban que estaba soltera. Todo le recordaba que estaba soltera. Contempló la cola de seis parejas que tenía delante en el muelle Royal Naval Dockyards, en Ireland Island. Todos esperaban para subir a bordo de la lancha y estaban en distintas fases de intensidad amorosa. La página web de la empresa de buceo les había prometido que sería «la expedición de sus vidas».

Desafortunadamente, había reservado la visita una semana antes, antes de verse cortejada por una sucesión de hombres casados y de chicos pubescentes, antes de que el sol más inclemente le quemara toda la piel de los hombros. La posibilidad de vivir la «experiencia de su vida» había quedado, por tanto, descartada.

Ruby, su mejor amiga, le había dicho una vez que era demasiado romántica y dulce. Pero eso lo tenía superado. El paraíso y todos sus encantos podían irse al infierno. Ella prefería hacer *cupcakes* en la acogedora cocina de la pastelería Touch of Frosting, situada en el norte de Londres. Prefería reírse de la pesadilla en la que se habían convertido sus vacaciones de ensueño. Eso era mucho

mejor que hacer cola para ir a bucear y terminar con el estómago revuelto.

«Deja de quejarte».

Ella miró al otro lado de la bahía. Trató de encontrar algo que la hiciera recuperar esa perspectiva positiva que siempre la había caracterizado. Yates, lanchas, un enorme crucero... El agua estaba tan azul que casi le dolían los ojos de tanto mirarla. Recordaba la arena rosada que había visto durante el viaje, las palmeras exuberantes, los bungalows que parecían sacados de un folleto turístico.

Solo le quedaba un día más para disfrutar de la deslumbrante belleza de esa isla paraíso. A lo mejor reservar esas vacaciones no había sido la cosa más inteligente que había hecho en toda su vida, pero necesitaba distraerse. El cosquilleo del pánico le recorrió la piel. Ese nudo en el estómago ya le resultaba tan familiar... Se tocó el vientre por encima del fino algodón del vestido y la sensación acabó desvaneciéndose. Necesitaba ese viaje. Necesitaba salir de su habitación antes de que el miedo se apoderara de ella, antes de que terminara haciéndose adicta a los culebrones.

La cola avanzó un poco. Un hombre alto llamó su atención. Llevaba unos viejos pantalones cortos, una camiseta negra con el logo de la empresa y escondía el rostro debajo de una gorra. Ella contuvo la respiración y cerró los ojos para no verse deslumbrada por el resplandor del agua. Tenía que ser el capitán Sonny Mangold, el mismo que aparecía en la web. Para andar cerca de los sesenta estaba en muy buena forma. No podía verle el cabello a esa distancia, pero debía ser de color blanco...

El capitán Sonny comenzó a darles la bienvenida a todas las parejas a medida que subían a bordo. Su marcado acento americano llegaba hasta ella a través del aire húmedo y espeso. No era capaz de oír lo que decía, pero algo la inquietó. La pareja que tenía justo delante le impedía ver con claridad lo que ocurría. Cuando el capitán

les ayudó a subir al barco, Ella dio un paso adelante. Se fijó en sus anchas espaldas y en sus piernas musculosas. Mechones de color rubio le sobresalían por debajo de la gorra; y una fina barba de un día le cubría la mandíbula, cuadrada y masculina. De repente él levantó la vista.

«Dios mío. Es impresionante. Y tendrá unos treinta y pocos».

-Usted no es el capitán Sonny.

-Capitán Cooper Delaney, a su servicio.

Unos ojos de color verde jade la miraron durante una fracción de segundo.

-Y usted debe de ser... la señorita Radley -dijo, mirando la lista que tenía en las manos.

Un segundo después le tendió una mano fuerte y bronceada.

-Bienvenida a bordo del *Jezebel*, señorita Radley. ¿Hoy viaja sola?

-Sí -dijo Ella, tosiendo de repente. Un calor repentino se apoderó de ella.

«¿Pero qué me pasa? ¿Se habrá dado cuenta?».

-¿Hay algún problema? -le preguntó, y entonces se dio cuenta de que era como si le estuviera pidiendo permiso.

-No. Claro que no -sus labios hicieron un gesto que no llegó a ser una sonrisa-. Siempre y cuando no tenga inconveniente en tenerme de compañero de buceo.

Ella sintió que le apretaba los dedos al ayudarla a subir al barco. Pudo sentir las durezas que tenía en la palma de la mano.

-No dejamos que los clientes buceen solos. No es seguro.

-Ningún problema.

Aunque acabara de conocerle, Ella sabía que no había nada seguro con el capitán Cooper Delaney. Sin embargo, el inofensivo peligro le resultaba de lo más emocionante.

-¿Qué tal si se sienta delante conmigo?

No parecía una pregunta, pero Ella asintió.

Cooper Delaney le dio una palmadita en la espalda, justo por debajo de la quemadura, y la guio hasta uno de los asientos de la cabina del barco.

-Siéntese ahí, señorita Radley -se tocó la visera y dio media vuelta para dirigirse a los otros pasajeros.

Ella le escuchó mientras se presentaba a sí mismo y a los dos jóvenes tripulantes que le acompañaban. El viaje duraba veinticinco minutos y visitarían una zona de buceo llamada Western Blue Cut. Allí estaba el pecio que iban a explorar.

Él se sentó a su lado. Bajó la palanca del cambio de marchas, apretó un botón y el motor se puso en marcha. La miró de reojo un instante y entonces se puso las gafas de sol.

Ella sintió el rubor en las mejillas nuevamente.

El barco comenzó a moverse y pasó por delante de los demás botes que estaban amarrados en el puerto. En cuestión de segundos estaban en alta mar, navegando rumbo al arrecife.

Él esbozó una sonrisa cómplice.

-Agárrese bien, señorita. No quiero perder a mi compañera de buceo antes de llegar.

Los labios de Ella formaron la primera sonrisa auténtica que era capaz de esbozar en muchos meses.

Después de todo, a lo mejor no había sido tan mala idea ir sola de vacaciones.

-Bueno, cielo, ya veo que has llamado la atención de Coop.

Ella se ruborizó al oír el comentario de la señora que estaba parada a su lado frente a la barandilla del barco. Tendría unos cincuenta y pocos años y tenía algo de sobrepeso. Llevaba unos pantalones cortos de color rosa y una camiseta en la que se podía leer: «Encontré a mi corazón en Horseshoe Bay».

Habían llegado a su destino diez minutos antes y estaban esperando a que el capitán y la tripulación distribuyeran el equipo de buceo.

-¿Conoce al capitán?

-Conocemos a Coop desde hace más de diez años -dijo la mujer con acento del oeste-. Bill y yo venimos a St. George todos los años desde nuestra luna de miel en 1992. Y nunca nos perdemos la excursión del *Jezebel*. Coop era uno de los mozos de Sonny, pero ya es capitán desde hace mucho -la mujer extendió una mano-. Me llamo May Preston.

-Ella Radley. Encantada de conocerla -Ella le estrechó la mano.

El gesto amable de la señora resultaba reconfortante.

Había visto a May en el complejo del hotel, y también a su marido, Bill. Era uno de los pocos casados de Paradiso Cove a los que no se les iba la mirada.

-Eres un encanto, y con ese acento tan dulce... -Mayladeó la cabeza y la miró de arriba abajo. Los turistas americanos eran los únicos que eran capaces de hacer eso sin parecer maleducados-. Tengo que decir que siempre me he preguntado cuál era el tipo de Coop, pero tú eres toda una sorpresa.

-Yo no diría que soy su tipo. Simplemente es que soy la única mujer que está sola. Él solo trata de ser amable y de hacer su trabajo.

May dejó escapar una risotada.

-No te creas, cielo. Coop no es muy amable que digamos. Y suele pasar casi todo el tiempo quitándose de encima a las pasajeras.

-Seguro que se equivoca en eso -Ella sintió que el corazón se le aceleraba.

-A lo mejor. Pero esta es la primera vez que oigo hablar de la norma de seguridad de la excursión de buceo, y llevo veinte años viniendo.

Ella esperó su turno pacientemente. El capitán y sus marineros ayudaron a todos los buceadores a echarse al agua. Cooper Delaney daba la impresión de ser todo un profesional mientras ajustaba aletas y máscaras y daba instrucciones acerca de cuánto podían alejarse del barco. Les informaba de cuánto tiempo tenían antes de tener que volver y les explicaba cómo diferenciar la rueda a pedales del barco que habían ido a ver.

De pronto se dio la vuelta y se quitó las gafas de sol. Esa sonrisa seductora que ya le resultaba tan familiar la hizo sonrojarse de nuevo, tanto que tuvo que abanicarse con la pámela.

Él cruzó la cubierta y se dirigió hacia ella. Su mirada de color verde esmeralda deslumbraba más que el agua cristalina.

-Bueno, señorita Radley. Quédese en traje de baño y le pongo todo el equipo para que podamos salir.

Se inclinó contra la consola. Su mano fuerte y grande estaba demasiado cerca.

Ella respiró profundamente.

-¿Es necesario?

-Me temo que sí. La sal del agua le va a estropear ese precioso vestido que lleva. Espero que no haya olvidado el traje de baño -añadió, esbozando una sonrisa.

-No. Me refería a que vayamos a bucear los dos -Ella sintió que los pezones se le endurecían justo cuando él bajaba la vista-. ¿Es necesario?

Él levantó una ceja. La sonrisa seguía en su sitio.

-May Preston me ha dicho que jamás había oído hablar de esa norma -las palabras se le escaparon antes de que pudiera hacer algo al respecto-. Ya sabe... Eso de que es obligatorio bucear en pareja, por seguridad -Ella notó que empezaba a tartamudear-. Sé que es importante cuando se hace *scuba-diving*, aunque yo nunca lo he hecho... -se detuvo al ver que la sonrisa de Cooper Delaney se hacía aún más grande-. Solo... me preguntaba si es

absolutamente necesario, aunque solo vaya a estar a unos metros del barco.

-Muy bien.

Él masculló algo entre dientes y entonces se quitó la gorra. Tenía el pelo húmedo por el sudor y aplastado contra la frente.

-Lo que puedo decir es que... -se dio un golpecito en el muslo con la gorra-. May Preston tiene la boca muy grande, y por eso voy a hablar con ella en cuanto vuelva a subir a este barco.

-¿Es cierto? -Ella abrió los ojos-. ¿Te lo has inventado de verdad? ¿Pero por qué? -le preguntó Ella, tuteándole sin reparo. Las circunstancias lo exigían.

Cooper Delaney vio cómo se abrían los ojos azules de la preciosa joven inglesa y se preguntó si le estaba tomando el pelo.

Tímida, guapa y absolutamente perdida, Ella Radley le había parecido triste y linda cuando la había visto en la parte de atrás de la cola. Se había sonrojado en cuanto le había dedicado una sonrisa y eso le había cautivado por completo.

Ese rubor era tan sutil que se había quedado embelesado durante unos segundos y la norma del buceo en parejas se le había ocurrido de repente.

¿Pero cómo era posible que no supiera lo hermosa que era, lo encantadora que era? Tenía los ojos tan grandes que casi podría haber sido la heroína de uno de esos libros de manga a los que era adicto en el instituto. Y los pezones se le dibujaban bajo el tejido del vestido cada vez que la miraba. No podía ser verdad. Tenía que ser una farsa.

Pero si era una farsa, entonces era una buena actriz, y eso merecía todo su respeto, porque él también había pasado media vida haciendo obras de teatro.

Se dispuso a recibir el castigo como un hombre y cruzó los dedos para no recibir una bofetada.

-Si te dijera que lo dije porque me pareció que no te vendría mal algo de compañía, ¿me creerías?

El rubor se apoderó de sus mejillas de inmediato, iluminando las pecas que tenía en la nariz.

-Oh, sí. Claro. Ya me imaginé que sería algo así -Ella se tapó los ojos con la mano y levantó la barbilla-. Todo un detalle, capitán Delaney. Pero no quería ser una molestia, teniendo en cuenta que estás muy ocupado. Me las arreglaré bien sola.

Cooper abrió los ojos, estupefacto. Era la primera vez que alguien le decía que era una persona considerada. Ni siquiera su madre se lo había dicho nunca, a pesar de lo mucho que se había esforzado por engañarla cuando estaba tan débil.

-Llámame Coop -le dijo. No estaba muy convencido de haberse librado todavía, pero decidió seguir adelante-. Créeme. Estaría encantado.

Trató de imitar la expresión de la joven inglesa, esa expresión que decía que hablaba completamente en serio. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero al final se dio cuenta de que era una causa perdida. De niño había aprendido a esconder todas sus emociones detrás de esa sonrisa indiferente, así que no tenía mucha experiencia en lo referente a hablar en serio.

Ella esbozó una sonrisa.

-Muy bien. Si estás seguro de que no será una molestia para ti... Vamos.

La sonrisa de Ella Radley le dejó sin aliento durante unos segundos, y entonces se sacó el vestido por la cabeza.

Coop estuvo a punto de perder el equilibrio. Tenía unas curvas generosas y todo estaba en su sitio. La única tela que le cubría el cuerpo consistía en tres diminutos triángulos de licra de color morado que no dejaban mucho margen para la imaginación.

De repente se volvió y se guardó el vestido en el bolso que había dejado debajo del panel de mandos. Coop reparó

en sus hombros quemados por el sol. Tenía una marca enorme que le bajaba por la espalda casi hasta la línea del biquini.

-Oh, eso tiene que doler. Necesitas un protector solar de alta cobertura. Los rayos solares son infernales en Las Bermudas, incluso en abril.

-Tengo un factor cincuenta, pero no conseguí.

Coop se frotó la fina barba de un día que le cubría la mandíbula.

-Bueno, creo que en eso puede ayudarte tu compañero de buceo.

Ella esbozó una sonrisa de agradecimiento y Coop casi llegó a sentirse culpable por aprovecharse de ella.

-Eso sería estupendo, si no te importa -sacó un bote de crema del bolso.

Se puso de espaldas y se levantó el cabello. Coop tomó un poco de loción en las manos. Parecía pintura acrílica.

Iba a disfrutar mucho extendiéndosela por la piel.

Si hubiera sabido que el papel del buen samaritano conllevaba esa clase de beneficios, lo hubiera puesto en práctica más a menudo.

Capítulo Dos

Ella reprimió un gemido al sentir las manos endurecidas del capitán en los hombros. Sus dedos encallecidos la tocaban por debajo del nudo del biquini. Un cosquilleo inesperado se le propagó por la columna vertebral cuando sintió los pulgares que le presionaban los tensos músculos, descendiendo cada vez más. Se mordió el labio. No podía dejar escapar los sonidos que pugnaban por salir de su boca.

-Muy bien. Me estoy acercando a la zona roja.

Ella notó su aliento cálido sobre la nuca y entonces sus manos desaparecieron. Estaba sacando más crema del bote.

-Tendré mucho cuidado, pero dime si te hago daño.

Ella asintió. Si intentaba decir algo más probablemente se delataría.

-Muy bien. Ahí va.

Una presión ligera sobre la espalda la hizo relajarse poco a poco a medida que él le frotaba la quemadura con las palmas de las manos. Ella se estremeció. Nada podía compararse a la horda de sensaciones que se le propagaba sin control por todo el cuerpo en ese momento.

-¿Estás bien?

La presión cesó. Las palmas de sus manos apenas la tocaban.

-Sí. Claro. No pares -Ella cambió de posición y se apretó contra las palmas de sus manos-. Es... muy bueno -logró decir por fin.

Un tímido gemido se le escapó de los labios cuando él comenzó a masajearla con más firmeza. Hundía los pulgares en los huecos de su columna vertebral, dejando un rastro de poros erizados a su paso.

Era fabuloso sentir de nuevo las caricias de unas manos masculinas. Ya ni siquiera recordaba la última vez que las había sentido. Cerró los ojos y se estiró bajo sus manos.

-Ya está -dijo él de repente, rompiendo el momento.

Ella abrió los ojos demasiado rápido y perdió el equilibrio. Él la agarró de la cadera y la hizo mantenerse en su sitio.

-Cuidado -le dijo él en un tono un tanto burlón que la hizo ruborizarse de nuevo.

¿Habría oído ese pequeño gemido que se le había escapado de los labios? ¿Acaso se había dado cuenta de que había estado a punto de tener un orgasmo?

De repente sintió una gran vergüenza. Esa noche abriría el vibrador que Ruby le había regalado para el viaje y lo probaría en su habitación. Se había equivocado al pensar que podía vivir sin sexo y no podía sino reconocer que Ruby era más práctica.

-Creo que así no te volverás a cocer.

El comentario, brusco, irrumpió entre sus pensamientos. La cara se le puso como un tomate.

Hizo un gran esfuerzo por esbozar una sonrisa mínimamente cordial y agradecida.

-Te lo agradezco.

Él le puso la tapa al bote de crema solar. Sus dedos aceitosos brillaban bajo el sol.

-Ahí tienes -le devolvió el recipiente de plástico.

Ella tardó unos segundos en meter el bote en la mochila. Al final, por suerte, las manos dejaron de temblarle.

-Gracias. Ha sido... -trató de encontrar las palabras adecuadas.

-De nada.

Había un toque de burla en su mirada.

-Bueno, ¿estamos listos entonces?

-A menos que necesites que te devuelva el favor... -Ella se atragantó con las palabras-. Me refiero al protector solar, para que no te quemes.

La sugerencia se quedó flotando en el aire. El capitán Delaney arqueó las cejas ligeramente y sus labios esbozaron una de esas sonrisas sensuales y secretas que le habían acelerado el corazón más de una vez esa mañana.

-Olvidalo. Ha sido una tontería. No sé por qué lo he dicho.

La piel bronceada del capitán Delaney no necesitaba loción alguna. Seguramente lucía ese tono dorado saludable durante todo el año.

-Seguro que no tienes que echarte protección. A lo mejor deberíamos...

-Es buena idea.

La respuesta concisa del capitán cortó de raíz el tartamudeo que acababa de sobrevenirle.

-¿Ah, sí?

-Sí. Con la crema solar nunca es suficiente, ¿no es así?

¿Acaso se estaba burlando de ella?

-Eh, muy bien. Sacaré la crema entonces.

Ella logró pescar de nuevo el bote de crema dentro de la mochila. Cuando se volvió hacia él Cooper Delaney se estaba quitando la camiseta por la cabeza. Toda la sangre huyó de su cerebro de repente. Se quedó allí de pie, clavada al suelo como la Estatua de la Libertad, asiendo el bote de crema.

«Oh, Dios mío. Su pecho es una obra de arte».

Un fino vello aclarado por el sol le cubría los pezones masculinos y sus pectorales estaban perfectamente definidos. Ella siguió el rastro que bajaba entre los dos músculos de su pecho y entonces tragó en seco al darse cuenta de que la delgada línea de vello se perdía por dentro de la cintura de sus pantalones cortos.

-Gracias, cielo. Te lo agradezco -dijo él, dándose la vuelta.

Sus palabras la hicieron volver a la tierra. Tenía un tatuaje de una cruz celta al final de la espalda. El borde de la figura sobresalía por encima de la cintura de sus pantalones.

Ella se aclaró la garganta. Corría el riesgo de atragantarse.

-¿El factor cincuenta está bien?

-Lo que tengas me vale.

Ella se echó un poco de crema en las manos. Respiró profundamente y puso las palmas en la superficie caliente y lisa de su espalda. Sus músculos se tensaron a medida que le extendía la crema por la piel. El calor que desprendía disolvía la loción con facilidad.

Ella notó una humedad repentina en la entrepierna. Era como si se hubiera hinchado de repente. Mientras le untaba la crema, masajeándole los músculos, trató de sincronizar su propia respiración con el incesante latido del tímpano de uno de sus oídos. Tenía miedo de empezar a hiperventilar en cualquier momento, y no quería desmayarse antes de terminar el trabajo.

Cooper tocó a Ella en el brazo y señaló en dirección a un pez azul que acababa de salir de uno de los arrecifes de coral próximos al barco. Ella abrió los ojos y esbozó una sonrisa. Mientras admiraba el intenso color aguamarina de las escamas de los peces, Cooper aprovechó para observarla sin tener que disimular. Había auténtica emoción en sus ojos, y sus pechos parecían estar a punto de desbordarse del traje de baño.

Sintió un cosquilleo en la bragueta. Se la imaginó jadeando mientras acariciaba su piel firme.

Cooper se ajustó el equipo. Por suerte tenía los pantalones empapados y al menos así conseguía disimular un poco. Llevaban más de media hora en el arrecife y había

logrado mantener el control durante la mayor parte del tiempo, pero esa sonrisa tímida que esbozaba cada vez que le enseñaba una nueva especie de peces o algún resto del *Montana* era tan cautivadora como el roce de sus dedos sobre la piel.

Ella Radley le estaba volviendo loco, tanto que estaba a punto de romper la regla de oro de no tener nada con jóvenes turistas solas. Cuando ella señaló un banco de peces loro que pasaba en ese momento, recordó por qué se había inventado la norma.

Las jóvenes turistas que se iban solas de vacaciones entraban dentro de dos categorías: algunas buscaban algo sin compromisos, y otras querían vivir un romance exótico en una isla. Como los dos escenarios posibles siempre conllevaban muchísimo sexo, diez años antes, a su llegada a la isla, había tenido muchas citas con clientas, pero por aquel entonces tenía dieciocho años y tenía una espina clavada del tamaño de un bosque entero. Estaba sin dinero y no tenía ningún futuro.

Durante todos esos años se había matado a trabajar para dejar atrás a ese chico malo. Había montado una franquicia de buceo, el negocio le iba muy bien, y ya no necesitaba buscar aceptación por medio del sexo esporádico.

Las turistas solteras, por tanto, llevaban mucho tiempo fuera de su radar, a menos que tuviera la certeza de que no buscaban nada más que una sola noche de diversión. Normalmente era fácil averiguar eso. De hecho, se había hecho todo un experto, pero Ella Radley no parecía encajar en ninguna de las dos categorías.

Para empezar, no se le había insinuado claramente, a pesar de la química que existía entre ellos, y aún no había conseguido averiguar si esa extraña mezcla de entusiasmo, extravagancia y diáfana necesidad era teatro o pura realidad.

Desafortunadamente, se estaba quedando sin tiempo para llegar a una conclusión. Sonny tenía dos visitas más

después de esa. El capitán tenía una artritis galopante y se había ofrecido a sustituirle en ambas. Se lo debía. El viejo marinero le había dado trabajo en el *Jez* cuando tenía dieciocho años y estaba sin un penique. Había pasado varios días durmiendo en el muelle, y hubiera vendido su alma por una hamburguesa y unas patatas fritas.

Aquella tarde lo había hecho casi todo mal. El hambre y la debilidad le habían pasado factura y tampoco sabía nada de barcos entonces. Sin embargo, por primera vez desde la muerte de su madre, se había sentido seguro. Había sentido que valía algo. Sonny le había dado esperanza y por ello tenía una gran deuda con él.

Tenía que tomar una decisión respecto a Ella Radley antes de regresar al muelle. ¿Debía arriesgarse a invitarla a salir esa noche, sin saber muy bien a qué atenerse?

Ella nadó hacia él. Los ojos le brillaban.

Coop levantó el pulgar y entonces señaló el barco. El tiempo se había agotado diez minutos antes. Todos debían de estar de vuelta en la cubierta, listos para regresar a tierra. No disponía de mucho tiempo para decidirse.

Ella nadaba delante de él. Su trasero generoso le reclamaba cada vez que aleteaba. Cooper se dio cuenta de que ya se había decidido. Su cerebro había dejado de tomar decisiones unos cuarenta minutos antes, cuando esas manos suaves le habían acariciado la espalda y se habían detenido poco antes de llegar a su trasero. Y la había oído suspirar...

Ella se aferró a la barandilla al sentir el golpe del barco contra el muelle. Su compañero de buceo le dedicó una de sus sonrisas «sello de la casa». Le puso la palma de la mano sobre la rodilla y se la apretó un instante.

-Espera un momento mientras ayudo a la gente a bajar del barco.

Su tono de voz, grave y confidencial, disparó los latidos del corazón de Ella.

«No te dejes llevar. Ha sido una mañana estupenda, pero todo ha terminado ahora».

La expedición de buceo y la absoluta exuberancia del arrecife de coral habían estado a la altura de las expectativas, pero habían sido las atenciones constantes del capitán Delaney, además de su cautivadora sonrisa y su cuerpo glorioso, las que habían convertido el viaje en una experiencia única. Él la había hecho sentir especial, lo cual significaba que debía tener cuidado para no sacar las cosas de contexto. Esperó con paciencia mientras le veía despedirse de May Preston y su esposo. Ella era la siguiente.

May la saludó con un gesto y entonces, para sorpresa de Ella, le guiñó un ojo al capitán al tiempo que le entregaba un pequeño fajo de billetes. Él aceptó el dinero y se tocó la gorra en agradecimiento.

«Una propina...».

Ella sintió que una repentina vergüenza teñía de rosa sus mejillas. Podía darle una propina. Esa era la mejor forma de agradecerle todas sus atenciones. Agarró la mochila, sacó el bolso y trató de decidir cuál era la cifra correcta. El pánico se apoderaba de ella por momentos. ¿Era suficiente con veinte dólares? ¿Treinta dólares? No. Lo mejor era darle cuarenta. Contó el dinero rápidamente, esperando no equivocarse. Quería ser generosa, aunque supiera que eso no era suficiente para pagarle lo que había hecho por ella.

Durante un par de horas maravillosas se había olvidado de todos sus problemas y volvía a sentirse como una mujer, completa y absolutamente normal.

Se colgó la mochila del hombro y se le acercó con los billetes en la mano. ¿Cómo iba a dárselo sin sonrojarse hasta la médula?

Él se volvió justo a tiempo. Esa sonrisa le aceleraba el pulso sin remedio. Su mirada la recorrió de arriba abajo durante una fracción de segundo.

-Hola. Pensaba que te había dicho que me esperaras un momento.

Ella contrajo los labios para contener el temblor. No era capaz de devolverle la sonrisa.

-No te molesto más.

-No me molestas -le sujetó el mechón de pelo que se le había escapado de la coleta detrás de la oreja-. Pero hoy tengo dos visitas más. ¿Qué tal si nos vemos luego? Estaré en un bar de la parte sur de Half-Moon Cove, a partir de las siete...

La sangre le retumbaba en las orejas a Ella, así que apenas oía lo que le decía.

-¿Qué dices? ¿Quieres que nos veamos luego?

Ella asintió. Un momento después sintió el roce de sus nudillos en la mejilla.

Aterrorizada por las emociones que la embargaban, se apartó del tacto de sus manos. Era el momento de salir huyendo.

Le dio los billetes.

-Lo he pasado muy bien. La visita ha sido increíble. Muchas gracias.

-Eh, espero que sea suficiente.

¿Acaso se había equivocado? ¿Era muy poco?

-Quiero darte las gracias como es debido, por todas las molestias que te has tomado.

Ella vio cómo se le tensaba un músculo de la mandíbula. De repente tuvo la sensación de haberle ofendido.

-Muy bien -aceptó los billetes y los contó-. Cuarenta dólares. Muy generosa.

Ella creyó percibir cierto toque de sarcasmo, pero quiso pensar que se había equivocado al ver que se tocaba la gorra y se guardaba los billetes en el bolsillo de atrás del pantalón.

-Gracias -por primera vez pareció que le costaba sonreír-. Nos vemos, señorita Radley.

A Ella se le cayó el corazón a los pies al oír ese tono formal, esa expresión distante...

¿Acaso había imaginado esa invitación al bar?

Ella se quedó allí de pie, sin saber qué hacer. El momento se prolongó de manera insoportable. Él continuaba observándola. Su expresión era remota, hermética.

-Supongo que debería ponerme en marcha -le dijo ella finalmente.

«Bájate del barco. Seguro que él tiene un montón de cosas que hacer».

-Bueno, gracias de nuevo. Ha sido un placer conocerte. Adiós.

-Sí, claro -él no le devolvió el saludo con la mano.

Sus palabras sonaban secas, inesperadas.

Ella bajó a toda prisa al muelle. No quería mirar atrás.

Capítulo Tres

Ella sujetó la columna de plástico y apretó el interruptor. Al sentir el sonido sibilante, sin embargo, gritó y lo dejó caer. Apretó de nuevo el interruptor y guardó el vibrador en su caja.

Probar el juguete sexual le había parecido una buena idea cuando estaba con Cooper, pero después de esa despedida tan extraña ya no tenía tantas ganas de descubrir las delicias de la estimulación artificial.

El teléfono sonó de repente, sacándola de su ensimismamiento. Descolgó y se encontró con la voz de su mejor amiga.

-Ella, hola. ¿Qué tal va todo en el paraíso?

Ella sonrió, contenta de oír la voz de Ruby.

-Ruby, me alegro tanto de que me hayas llamado -asíó el teléfono con fuerza.

Aunque la expedición de buceo hubiera resultado interesante, ya estaba deseando irse a casa.

-¿Todo va bien? Pareces un poco agitada.

-No. Nada va bien. No me va esto del paraíso.

Ruby se rio.

-Ajá. Entonces es que todavía no has conocido a ningún guaperas con bermudas, ¿no?

-Eh, bueno...

-Has conocido a alguien. ¡Fantástico! La tía Ruby quiere todos los detalles.

-No es nada, de verdad. Solo es un tipo guapo, el capitán del barco que nos llevó al arrecife a bucear esta mañana. Flirteamos un poco. Pero no es mi tipo. Es demasiado sexy.

Ruby soltó el aliento con fuerza.

-¿Es que has empezado a drogarte o algo así? No hay ningún hombre que sea demasiado sexy. ¿Y qué quieres decir con eso de «un poco»? ¿Quiere decir que puede haber algo más?

-Bueno, de alguna forma, me invitó a salir.

-Eso es genial.

-Pero no creo que vaya a seguirle la corriente.

-¿Por qué no? Pensaba que ese era el objetivo principal de este viaje: tener una aventura salvaje, totalmente inapropiada.

-¿Qué? ¿Quién te dijo eso?

-Tú misma. Dijiste que necesitabas escapar un tiempo, repasar tus prioridades. Me dijiste que te habías obsesionado demasiado con encontrar al hombre perfecto, cuando lo que necesitabas en realidad era encontrar a un hombre.

Ella no recordaba haber dicho nada parecido.

Aquel día estaba envuelto en una espesa neblina, sobre todo a partir del punto en el que había ido al médico. La reserva del viaje la había hecho en el último momento. Había hecho la maleta a toda prisa y se había dirigido al aeropuerto a primera hora de la mañana.

-Pensaba que eso era lo que querías decir -dijo Ruby. Parecía muy confundida-. Pensaba que te ibas a Las Bermudas para ligar.

-No exactamente.

Ella sintió el peso del secreto guardado.

-¿Qué era lo que querías decir entonces? Esto tiene algo que ver con la cita con el médico el día antes de irte. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Ella podía oír la impaciencia en la voz de su amiga. Ruby era proclive al drama y seguramente en ese momento ya se estaba imaginando una enfermedad terminal o algo así.

-Sea lo que sea tienes que decírmelo, Ell. Podemos resolverlo juntas. Siempre lo hemos hecho.

-No te preocupes, Rube. No es nada serio.

-Pero tiene algo que ver con el médico.

-Sí.

-¿Y qué es?

-La doctora Patel me hizo algunas pruebas. Tendré los resultados el lunes -Ella soltó el aliento-. Pero teniendo en cuenta el historial de mi madre y el hecho de que no he tenido el periodo en más de tres meses, ella piensa que a lo mejor tengo menopausia prematura.

-Muy bien. Pero solo es una posibilidad, ¿no? No hay nada seguro todavía, ¿no?

Ella sacudió la cabeza.

-Estoy bastante segura.

Había tomado una decisión difícil durante la adolescencia. Siempre había creído que al final la castigarían por ello, y la idea de una menopausia prematura era una posibilidad.

Se tocó el abdomen.

-He dejado correr demasiado el tiempo, Ruby. No voy a poder tener niños.

-Eso no lo sabes, no hasta que tengas los resultados. Y aunque sea menopausia prematura, un par de periodos fuera de fecha no te convierten en una mujer infértil.

Eso lo sabía desde los dieciocho años, desde el momento en el que se había despertado en la clínica sola. Randall se había marchado.

-Supongo que tienes razón -le dijo a Ruby.

-Claro que la tengo. No hagas un drama hasta que tengas las pruebas.

-Sí -dijo Ella, sonriendo. Por primera vez era ella quien necesitaba el consuelo de Ruby, y no al revés.

-Bueno -Ruby soltó el aliento con exasperación-. Quiero saber por qué no me habías contado nada de esto en vez de contarme todas esas tonterías de buscar a un tipo con el que ligar.

-Creo que no dije esa palabra exactamente.

-No me cambies de tema. ¿Por qué no me has dicho esto antes?

Siempre lo habían compartido todo, los enamoramientos, los primeros besos... Incluso le había contado lo de su ruptura con Randall. Ruby, por su parte, siempre había contado con su apoyo a lo largo de esa accidentada relación con el abogado que finalmente había resultado ser su gran amor.

-Es que no pude -la voz se le quebró y una lágrima escapó de sus ojos.

-¿Por qué no?

-Supongo que estaba asustada... -respiró profundamente y se obligó a afrontar la realidad-. Y sentía muchos celos, porque tú tienes una familia maravillosa y tres niños preciosos, y a lo mejor yo nunca tendré ninguno -soltó el aliento-. Me da mucha vergüenza sentir envidia de ti, por todo lo que tienes con Cal y los chicos. Has trabajado duro para tenerlo y te lo mereces.

Ya no pudo contener más las lágrimas.

-No podía soportar que esto se interpusiera entre nosotras.

-Eso es lo más absurdo que te he oído decir.

-¿Por qué?

-Bueno, para empezar, no querrías estar con Cal. Créeme. Es demasiado estirado y mandón. Siempre tiene que tener razón en todo.

-Cal no es así. Es encantador.

-Solo porque me tiene a mí y yo le manejo bien, pero... voy al grano. No quieres tener a mis niños. Quieres tener a los tuyos propios. Y si yo merezco tener a mis pequeños tesoros, aunque esta mañana no me lo parecieran tanto cuando declararon la tercera guerra mundial y comenzaron a pelearse entre ellos, entonces tú también. Vas a ser una madre genial algún día -añadió Ruby, completamente convencida-. Y si es absolutamente necesario, hay muchas formas de conseguirlo.

-¿Cómo?

-Bueno, hay inseminación artificial, reproducción asistida, donantes de espermatozoides, adopción...

-Supongo que tienes razón. No había...

-Pero, sinceramente, creo que nos estamos precipitando. Hay muchos buenos sementales por ahí.

-¿Qué?

-Ella, tu mayor problema no es la posibilidad de una menopausia prematura. Tu peor problema es que todos los tipos con los que has salido desde lo de la universidad eran unos sosos increíbles.

Ella frunció el ceño, recordando a todos esos con los que había salido los diez años anteriores. Su amiga no andaba desencaminada.

-La cosa es, Ella, que yo sé que la química sexual no lo es todo en una relación, y el tonto de Randall es un buen ejemplo de eso.

Ella hizo una mueca al oírla mencionar ese nombre. Llevaban dieciséis años evitando pronunciarlo. Pero ya no le hacía daño oírlo. Simplemente sentía vergüenza. ¿Cómo había podido enamorarse así, tan fácilmente? ¿Cómo había podido confundir un par de orgasmos increíbles con el amor?

-A veces la química viene muy bien, no obstante, y eso nos trae de vuelta al asunto del capitán. Bueno, cuéntamelo de nuevo. ¿Por qué no le tomaste la palabra con lo de la cita?

-Porque no sé muy bien qué quería decir.

-¿Y por qué piensas eso? Cuéntamelo todo.

-Bueno, me preguntó que si me gustaría quedar con él para tomar algo en un bar cuando terminara de trabajar, a las siete. A mí me entró el pánico y entonces tuve que bajarme del barco, porque él estaba ocupado. Todo quedó sin atar y no llegamos a concretar nada.

-¿Y ese bar tiene nombre?